



Voz do Migrante

¿MIGRANTE POR NATURALEZA O LA NATURALEZA DE SER MIGRANTE? IDENTIDADES Y TIERRAS PROMETIDAS...

*Alicia Viviana Méndez de Rosales**

En este volumen la REMHU presenta la reflexión autobiográfica de una migrante latinoamericana, Alicia Viviana Méndez de Rosales. Nieta de migrantes europeos, nacida en Argentina, casada con un boliviano y residente en Brasil, Alicia describe en su relato los movimientos migratorios de su vida, así como las transformaciones identitarias que esa movilidad proporcionó.

¿En qué momento de mi existencia comienza realmente mi historia como migrante?

Ésta fue la primera pregunta que me hice al comenzar a escribir este artículo y sólo vienen a mi mente recuerdos, sabores, viajes, y momentos con narraciones entrelazadas del tal modo, que no consigo encontrar una sola vía de reflexión. Partiré entonces, de mi país natal, en este viaje identitario casi autobiográfico, para poder enmarcar al lector dentro de mi mapa de ruta, que, hasta ahora, he ido realizando.

Para comenzar, la primera imagen que surge es la de una mesa grande, llena de familiares, con un vasto y variado menú de comidas y modos de servir particulares, resultado de los mimos tradicionales de mis padres y abuelos. Por la parte paterna, mi padre y mis abuelos, hijos de

* Pedagoga Social y Teóloga Laica, Directora de la ONG Paz y Naturaleza – Pantanal, Coordina el Curso de Teología para Laicos de la Facultad Salesiana en Corumbá, (MS) y continúa su acción como Misionera en la Region del Pantanal de la Diócesis de Corumbá-MS junto a su familia, también del Movimiento Juventud y Familia Misionera. Corumbá / Brasil.

españoles con una historia que se mezcla entre paellas y la salida de España provocada por la pobreza y la violencia del franquismo hacia la tierra prometida, llamada América. Entre el sonido de mis primeras castañuelas regaladas por mi abuelo, el de la guitarra de mi padre y las clases de danza (para que yo aprenda a bailar flamenco), todavía escucho las historias de la vida de mis antepasados en Carboneras, en Almería, España.

Por parte de mi madre, por mi abuelo, heredo la descendencia italiana, por parte de mi bisabuelo y por parte de mi bisabuela, la sangre alemana. Por parte de mi abuela materna, el legado de la ascendencia de Turquía, (que también tiñe una historia de migrantes en situación de huida y sufrimiento, buscando en su caminata, una vida mejor). Sofía, quien mucho me influenció espiritualmente, creció en Catamarca, absorbiendo la cultura del norte argentino, cultivando en mí la devoción por la patrona de esta ciudad que la acogió, la Virgen del Valle y marcando en mi vida con el sabor de una culinaria particular, nacida en la mezcla original de tantos orígenes inexactos, de pasos perdidos y a la vez encontrados o detenidos en esta parte del mapa. Los tallarines, panes, vinos, la culinaria árabe, la española y la italiana, dulces caseros, vinos pateros y masas en general eran marca registrada de los domingos en familia. En la mesa argentina, entonces, se fundían historias solidarias de lucha, que se nutrían de esta comida del encuentro, tal como si fuese un rompecabezas de identidades en reconstrucción constante, animando la esperanza, casi litúrgicamente.

Después de este breve relato contextualizador, pueden imaginarse la mezcla cultural de estos domingos familiares en donde, sabores, músicas y recuerdos gestaban relaciones humanísimas de risas y llantos, encuentros y desencuentros, alegrías y tristezas compartidas en el esfuerzo de hacer pulsar la vida.

Nazco en San Miguel de Tucumán, Argentina como primera nieta de la familia, con el peso de esta historia que traspasará todo mi futuro, colocando en mi pensamiento la cuestión migrante como movilizadora de vocaciones, profesiones y ocupaciones que afectaran de mil modos mi identidad en constante y dinámica transformación. Definitivamente, Tucumán me marcó no sólo con un adjetivo gentilicio. Es una tierra de un rico folklore, tradiciones aferradas a la tierra y a la naturaleza de ser gente simple, en ese paisaje marrón de cerros y verdes cítricos donde muchos migrantes trabajaron la tierra haciendo de esta provincia un verdadero jardín florido de la República Argentina. Desde estas coordenadas comienzan mis pasos en el mundo hacia otra provincia, Córdoba: donde mis padres emigran en la búsqueda de mejores condiciones de trabajo en los ferrocarriles argentinos. Y así comienza mi historia, como una sinfonía

de movimientos donde los recuerdos se escriben en el pentagrama bajo la forma de sueños, expectativas y oportunidades avistadas en las tierras prometidas por las cuales caminare sin querer o queriendo...

Primer Movimiento:Córdoba. La provincia late urbanismo y crecimiento. Mi familia se radica en la localidad de Ferreira, donde el límite entre el campo y la ciudad antes existía en la característica de la falta de asfalto en sus calles de tierra: esto marcaba que éramos casi “del campo”, ya que estábamos en la punta del mapa de la gran capital. En ese entonces en el lugar había algunas chacras y cuadros de un barrio que se iniciaba alrededor de lo que sería una gran ciudad. Era un lugar verde, lindo, fresco, tranquilo. Tuve una compañera de escuela por un breve periodo, trabajaba en el circo y frecuentaba como oyente en los lugares donde el circo se instalaba. Mi primera pregunta a esta niña de ojos pintados fue esta: ¿Cómo es vivir la vida siempre en lugares diferentes? Y ella me respondió con una sonrisa diciendo: “viviendo nomás”.

Recuerdo amistades que me marcaron para toda la vida, una muñeca negra que me regalaron como novedad, una inundación entendida en la inocencia como una oportunidad divertida de jugar en la calle. Recuerdo el malestar de los vecinos con el gas que la válvula del barrio liberaba todas las mañanas y el mal olor de la nueva fábrica de raciones que se instaló cerca de las casas. Un temblor que llegó después de un terremoto en la provincia de San Juan donde mucha gente quedó sin casa y nosotros dábamos gracias a Dios por seguir en la nuestra. Todavía veo en el cielo avionetas que regaban agua sobre las plantaciones donde jugábamos con los chicos del barrio. Mucho tiempo después apenas entenderíamos que estábamos siendo contaminados con glifosato. En esa época no se hablaba ni siquiera de ecología o factores ambientales ni de calentamiento global. Las cosas sucedían y no cuestionábamos mucho el porqué. Unos se quedaban conformados, resignados, luchando o simplemente aceptando la realidad vivida. Poco después vino la guerra de Malvinas y muchos se fueron y no volvieron, y las que volvieron, nunca más fueron los mismos. Gente que iba y venía, por motivos de salud, ambiente, guerra, trabajo, industrias, calidad de vida. Poco entendía este escenario, pero comenzaba a inquietarme este “movimiento”. Esta nueva tierra pujante de energía, trabajo, paisajes lindos y algunos sin sabores al mismo tiempo, siempre me remitirían a mi tierra original. Tucumán se conectaba en nuestras vidas por las vías del tren o por las rutas recorridas todo verano en familia para visitar a nuestros familiares que quedaron allá. Entre viaje y viaje, fui alimentando el amor a las tradiciones y la cultura del norte argentino, tan lleno de historia, y relatos ancestrales. El deseo familiar de retornar y

los miedos de volver atrás estaban siempre presentes. Y así comienza a tejerse mi identidad, en una historia personal, transitada en la ruta 9 entre Córdoba y Tucumán, cargada de historias de España en los labios de mis abuelos y de los tiempos pasados en los barcos atravesando el océano. Me impactó saber que mi bisabuela, en pleno cruce de océano hacia su tierra prometida, tiene que llevar en sus brazos a su hijo adolescente muerto por las condiciones insalubres del barco, fingiendo ante todos que sólo estaba enfermo. Charlando y abrazando como si estuviera vivo, para que su cuerpo no sea arrojado al mar, como era de costumbre en esa época. Su sueño de llegar a la tierra prometida a partir de este silencioso fallecimiento, habría cambiado para simplemente llegar a tierra firme y darle a su hijo amado, santa sepultura. Ésta, como otras historias de cicatrices migrantes, se impregnaron en mi búsqueda de respuestas para las miles de preguntas que irán en mí surgiendo sobre estos movimientos pulsantes de gente: llenos de sueños, deseos simples de vida y pies inquietos. Poco a poco, mi identidad, iría tiñéndose de otros colores provincianos...

Segundo Movimiento: La familia Méndez decide retornar para el norte debido a los problemas de salud surgidos y por las promesas del desarrollo turístico de la provincia de Salta. Realizamos la mudanza cargada de sueños y expectativas de una vida mejor, buscando un equilibrio ambiental, una vida más serena y clima más cálido. De Córdoba a Salta se retorna al norte para esta tierra hermana de Tucumán, quien comparte costumbres y una vida simple aferrada a las tradiciones gauchas. Concluidos mis estudios secundarios, decido continuar mis estudios terciarios en Salta donde ingreso a la Normal para salir de Bachiller Pedagógico y continuar mis estudios en el área de educación. Continúo en Pedagogía en la universidad local y me entusiasmo en la Teología. Es, en este tiempo que, rodeada de familiares con memorias frescas, se enciende mi vocación misionera y docente en el tercer sector realizando mi maestría en educación no formal. Me interesaba saber cómo se producen estos aprendizajes sociales que poco a poco se iban dando en mi vida en espacios donde la gente se encuentra para compartir cultura, esperanzas y angustias. Entre festivales de música, bombo, guitarra, amigos de la universidad y de otros espacios, se desarrolla mi ser norteña, entre mate y bollo, (un pan amasado y cocido en las brasas), entre serenatas y noches de pesca.

En este tiempo conozco la gran influencia de Bolivia en el norte Argentino, donde un gran número de estudiantes de este país frecuenta la universidad y la termina coloriendo de tradiciones bolivianas. Comienzo a participar del Centro de migrantes bolivianos, donde me identifico con este pueblo, por su cultura matizada de identidad incaica, aferrada a la

Pachamama, al respeto por la tierra y a la manifestación de la esperanza por medio de sus danzas y expresiones artísticas. De repente, me veo bailando taquirari, saya y otras danzas de Bolivia, encantada, de alguna forma, por la riquísima cultura del norte, muchas veces subestimada por las culturas de elite, que se esforzaban por marcar que esta comunidad, era “extranjera”, era “indígena” y “de mano de obra barata” para quien así le convenía. En este contexto, florece mi vocación y asumo como laica comprometida la misión de evangelizar en estos campos incomprensidos y como profesora me inicio en la educación de jóvenes y adultos donde tengo con mis jóvenes años, el aprendizaje vital dado por alumnos de la tercera edad, con los cuales aprendo los conceptos básicos de ciudadanía y derechos humanos. Trabajar con “los excluidos”. Así el discurso pedagógico identificaba mi acción educativa dentro del contexto instauración de las políticas de inclusión que hasta hoy en día minan Latinoamérica. A esta altura, yo estaba tan identificada con estos “excluidos” que desde esta etapa de mi vida, comencé a cuestionarme sobre los verdaderos significados de las palabras “exclusión”, “inclusión” y participación ciudadana.

Tercer Movimiento: Era de imaginar, que en este paraíso llamado Salta la linda conocería a alguien que influenciaría mi vida definitivamente. Así conozco a mi esposo, en los bastidores laborales de la Universidad Boliviana radicado en Argentina, siendo también profesor, decide también seguir los pasos misioneros y constituir una familia consciente de estas diferencias que en el ritmo de la vida se irían fundiendo en una nueva identidad familiar. Ante el encuentro de ambas historias de vida, después de mucho dialogo, de una cosa, si teníamos plena certeza: sabíamos desde donde estábamos iniciando nuestra historia juntos, pero a donde nuestros pasos nos llevarían, solo Dios sabía. Basados en la fe, decidimos concretar el deseo de retorno de mi esposo a Bolivia y encarar la tercera migración de mi vida hacia Santa Cruz de la Sierra. Motivados por el movimiento económico que la iniciativa privada genera en Bolivia, nos mudamos con el deseo de integrarnos con los familiares bolivianos e iniciar un negocio propio, que sustente nuestra familia, nuestra acción pastoral y nuestros sueños de crecer en la vida. Es, en esta etapa que, trabajando en la Pastoral Vocacional de Santa Cruz, comenzamos a soñar con nuestros hijos y en los planes de futuro. Los miedos y desafíos, comienzan a aparecer e inquietar nuestras vidas. Continuo los estudios en la universidad local para aprender sobre Administración Educativa y comienzo a percibir, que por el hecho de ser extranjera, las cosas no son tan fáciles y la burocracia lo hace todo más lento. Descubro un grupo de mujeres migrantes argentinas en Santa Cruz, que a pesar de su origen migratorio, niegan la terminología, y buscan en las

páginas sociales de los periódicos locales integrarse a la sociedad cruceña desde los espacios de elite, con discursos sobre caridad y beneficencia con obras concretas, pero donde poco o nada se habla sobre identidad y angustias migratorias... Por primera vez no me identifico con mi pueblo y decido continuar caminando buscando otros espacios de reflexión.

Cuarto Movimiento: En los caminos del estudio tengo la oportunidad de hacer un curso en Francia sobre Políticas Sociales para ciudades educadoras. Es allí donde conozco otros migrantes y percibo cómo cambiamos a medida que atravesamos fronteras y otras naciones. Permanentemente nos cuestionamos si estamos en el camino cierto y como estamos construyendo nuestra estructura familiar entre nuestro deseo de superación personal, estudio, profesión y vocación. En Europa sentimos en la piel el título de migrante. El adjetivo latinoamericano no siempre es bienvenido en los círculos académicos que comenzamos a frecuentar. Aprendemos que tolerancia cultural es un término que no abraza en su totalidad la realidad y que debemos ir construyendo un nuevo concepto de convivencia basado en la comprensión. Comprender porqué reaccionamos de diferentes maneras, porqué miramos al mundo de una forma o de otra. Comprender porqué se motivan nuestros pasos y desde qué universos de interpretación del mundo. Comprender sin juzgar. Comprender sin entender tal vez, pero comprender amando, que significa comprender escuchando, comprender acompañando.

Recuerdo que en mi viaje de vuelta, atravesando el océano ya por aire (y no por mar, como mis abuelos), me inundaron los deseos de enfocar más mi campo de acción, pensando, en ese hijo que mi bisabuela abrazaba con un amor incondicional, y llegar a tierra firme para cerrar un ciclo. Una nueva etapa comenzaría como mujer, como madre, profesional y misionera laica.

Quinto Movimiento: En Bolivia nuevamente, trabajando en educación y en la pastoral, vivimos con algunas angustias nuestros primeros embarazos. Cuatro hijos no nacidos vivos, pero presentes en nuestras vidas nos motivaron a no arriesgar más y buscar ayuda medica especializada. Ante la precariedad de algunos servicios de salud en Bolivia, nos vemos obligados a retornar a Argentina temporariamente para poder atender el nacimiento antes del tiempo de nuestro quinto hijo, anunciado por las complicaciones del embarazo que más una vez se manifestaban. Con la ayuda de médicos preparados en nacimientos prematuros y con conocimientos de mi historia clínica marcada desde la infancia, conseguimos recibir en sus siete meses de vida intrauterina, en nuestros brazos a Daniel Matías, sabiendo que Dios hace justicia en todo tiempo y lugar, y que, recibiendo este regalo,

este don, estábamos vivenciando la maravillosa manifestación del amor de Dios en nuestras vidas. Así, Daniel, bajo estas circunstancias nace en Salta, entonces por nacimiento argentino y ante nuestro retorno a Bolivia, lo registramos consularmente para gozar también de su nacionalidad boliviana. Siempre conversamos con mi esposo que Daniel trajo el pan debajo el brazo: con su nacimiento no sólo se abriría una nueva etapa de vida como padres de familia sino que también surgió un trabajo familiar en la frontera boliviana con Brasil, en Puerto Quijarro, donde decidimos dar partida y en una vida más sosegada, disfrutar más de este ciclo.

Sexto Movimiento: En Puerto Quijarro, encontramos la acogida de los padres franciscanos, con quienes por muchos años trabajaríamos pastoralmente con varios proyectos educativos y sociales. La introducción de la pastoral del niño en esta región, programas de capacitación para jóvenes desde el Instituto San Francisco, y en el ministerio de música, participamos activamente como familia. Embarazada de Adrian Emanuel, escribíamos músicas, cantábamos y organizamos Festivales Santa Cecilia motivando la expresión musical en esta región fronteriza que por ser una área de intensa actividad comercial su población es variable a lo largo del año y estos eventos servían de referencia cultural y religiosa para motivar el encuentro de los jóvenes ávidos de entretenimiento y sana diversión. Era un puente sobre un arroyito, el que unía Bolivia con el Brasil: por razones de seguridad y mejores condiciones de atención decidimos que Adrian nacería en el Brasil. La cesárea estaba marcada para un 28 de abril, pero él se adelantó: los trabajos de parto se iniciaron al comenzar la noche del 27. No conseguíamos transporte para ir a Corumbá. Una camioneta de una empresa local nos ofreció “*carona*”. El arranque de motor comenzó a fallar en medio del puente y es justo allí que casi nace mi hijo. Me preguntaba en esos momentos, qué nacionalidad él tendría si hubiera nacido en la línea fronteriza. Gracias a Dios, mi esposo y el atento chofer, hicieron funcionar la maquina y terminamos llegando al hospital para recibir a este impaciente bebe. Así, Adrian adquiere su certificado de nacimiento brasilero después de mucho fundamentar en el Registro Civil local (*Cartorio*), que nuestro hijo no llevaría como primer apellido el materno, o sea el mío (como es costumbre en Brasil) y si el paterno en primer lugar. A la hora de entrar en Argentina sería difícil explicar, ya que a simple lectura, daría a entender, que por el hecho de llevar mi apellido, parecería ser mi hermano y no mi hijo. Después de mucha conversación, lectura de leyes y documentos con el oficial de registros, me aceptan el pedido por el hecho de no aparecer explícito en los reglamentos, que no se puede hacer esto. Después de un tiempo lo registramos en el Consulado boliviano y en el argentino, sobre

todo para no tener problemas en nuestros viajes. Adrian recibe este nombre gracias a los lindos recuerdos que tengo del mar Adriático junto a mi esposo soñando con nuestros hijos, y recibe también el nombre de Emanuel en la constatación que Dios está presente entre nosotros. Adquiere el derecho de ser argentino por opción y boliviano por hijo de padre boliviano.

Séptimo Movimiento: Nuestra familia estaba tomando forma: un hijo brasilero, con derecho a nacionalidad argentina y boliviana, un hijo argentino con nacionalidad boliviana, un padre boliviano y una madre argentina con derechos de radicarse en Bolivia por ser casada con esposo boliviano. Con el nacimiento de Adrian en Brasil se abría otra posibilidad: la de por ley, por prole brasilera, obtener la permanencia en caso de necesidad. Constituido este vitral humano de nacionalidades diferentes pero muy iguales no sólo en el apellido, después de tres años en Quijarro, Daniel comienza a tener problemas respiratorios por el polvo característico del clima seco de la región y por las calles de tierra, situación agravada por el tránsito comercial intenso provocado por vehículos de ambos países. Los médicos recomiendan cambiar de residencia y realizar el tratamiento en Corumbá con vacunas diarias para el problema del asma bronquial. El caso de "necesidad" se presenta sin planeamiento, y con la urgencia de amenizar la situación de sufrimiento de mi pequeño hijo, realizamos la entrada oficial al Brasil para buscar donde alquilar. Por algún tiempo continuamos trabajando tanto profesionalmente como pastoralmente en Bolivia, yendo y viniendo todos los días hasta Corumbá, donde mis hijos aprendían sus primeras palabras del portugués en una "creche" o guardería infantil.

Me costó muchísimo integrarme a la comunidad de Corumbá, principalmente por el idioma. Después de mucho sufrir por no entender en la misa la homilía, no entender los cantos que tanto me gustaba escuchar ni poder conseguir trabajo en el nuevo país y ya cansados de las idas y venidas diarias cruzando la frontera para conseguir el pan de cada día, tomo una decisión. A pesar de ser Corumbá una ciudad muy próxima a Bolivia, en general, no existe mucho interés por el aprendizaje del idioma. Personalmente, algunas personas creían que yo era boliviana por el español y pude vivenciar situaciones de preconcepción y subestimación. No adelantaba tener estudios si no podía expresarlos en la lengua del lugar. Como no había cursos del idioma en ningún lugar, tomé coraje y decidí hacer un curso que mucho no tenía que ver con mi actividad, pero que me ayudaría a entender el funcionamiento de la lengua. Así, me inscribí en el Sebrae Ideal que me ayudaría a entender la fonética del idioma y los usos de la jerga popular para poder comunicarme mejor con los demás, además

de aprender alguna cosa sobre emprendimientos, la temática central del curso. Sólo así conseguí después de muchos años, poder integrarme y todavía sin acción pastoral específica. Simplemente, me conformaba con que me acepten para poder ir viendo cómo colaborar en la Diócesis de la Santa Cruz de Corumbá. Después de seis años trabajando en Quijarro y viviendo en Corumbá, decidimos ante la llegada de un nuevo Obispo, ponernos al servicio de esta Diócesis y dejar los trabajos misioneros en Bolivia, aportando en la medida de nuestras posibilidades, a la distancia, nuestra asistencia, ayuda y colaboración siempre que se precisaron en esas tierras, hasta el día de hoy. Del otro lado de la frontera trabajábamos con los campesinos, jóvenes comerciantes e indígenas Ayoreos. Las demandas pastorales del otro lado de la frontera brasilera no serían tan diferentes: Las familias ribereñas, la gente pantanera y la comunidad indígena Guató serían terrenos fértiles para la misión y al mismo tiempo, llenos de desafíos a enfrentar río arriba, en las lanchas por el Río Paraguay. Renovamos nuestro compromiso al cumplir 18 años de Misioneros laicos de la Inmaculada Concepción. La misión encomendada: continuar con la acción evangelizadora en el inaccesible Pantanal. Poco a poco, en las acciones realizadas en el tercer sector, gracias al apoyo de Ongs y grupos pastorales que trabajaban con la cuestión migrante, constituimos un Balcón de derechos, dedicado a dar informaciones a los migrantes y a colaborar mutuamente en estos trabajos pastorales y ciudadanos. Entre tantas idas y venidas, subidas y bajadas por el río, estaríamos realimentando nuestra identidad con el sabor ecológico del Pantanal, su gente tranquila y paciente al ritmo de las aguas. A veces tomamos mate (bien argentino) y a veces tereré (bien pantanero). Nos gusta la farofa y los quebratortos (desayunos pantaneros reforzados) para iniciar el trabajo en el Pantanal. Nuestros hijos hoy en día continúan en la comunidad de la Catedral como monaguillos acólitos y nosotros servimos en el Pantanal como Ministros Extraordinarios de la Eucaristía. Continuamos colaborando con la Pastoral del Migrante local y trabajamos en nuestras profesiones y en proyectos de Derechos humanos, Movilidad Humana y preservación ambiental con identidad cultural. Simplemente, decidimos seguir adelante. Seguir caminando. Todos somos migrantes en algún momento y todos necesitamos de alguien en esos momentos decisivos de la vida. Nos autodescubrimos como migrantes en este caminar, en el movimiento casi natural del propio latir de la vida. Cada día que pasa me siento más migrante, pero desde una lógica nueva: la de ser protagonista de mi propio destino. Pensar como excluidos no ayuda, pensar como protagonistas, empodera y libera. Asumir el potencial transformador será el punto neurálgico de la constitución de un nuevo

tiempo, con conciencia comunitaria, humanitaria y planetaria. Y así comencé a sentir la necesidad de construir en mí, una nueva actitud para dejar de reproducir el perverso sistema de inclusión que sólo reafianza la idea que algunos están “afuera”, por que otros están “adentro”. No concuerdo con las políticas paliativas de inclusión, aunque fueron necesarias en algún tiempo. Ya estamos vivenciando la necesidad de gestar políticas públicas pensadas para todos y no para los que están “afuera” del sistema. Hasta el más pobre ciudadano, aporta socialmente al sistema con sus centavos de impuestos cargados en la cuenta de su pan. Aunque exista algún sector que nos quiera convencer que estamos “afuera”, yo insisto, como migrante, en trabajar la idea que este lugar tiene una función importante en la sociedad denunciando donde falla el sistema, los signos de muerte que la globalización multiplica tan fácilmente con el libre tránsito de capitales sobreponiéndose a las necesidades humanas de cada región. Es hora de sacarnos el rótulo de excluidos o asumir de vez este papel desde una nueva interpretación de protagonismo, a pesar de los condicionamientos sociales vividos. Democratizar la información y gestar nuevas formas de convivencia y economías solidarias desde las bases. Superar la asimilación gestando nuevos colores, nuevas identidades, nuevos sentires, superando guetos. Sólo si pensamos como seres humanos dignos de nuestra libertad, conscientes y responsables de nuestros derechos y deberes, podremos inaugurar una nueva era: la de sentirnos hermanadamente humanos en la naturaleza de ser migrantes en un mundo sediento de paz, esperanza, justicia y de calidad de vida. ¿Iniciar una era de identidades mixtas? ¿De identidades transnacionales? ¿Por qué no? La aproximación de identidades ya está provocando en este mundo globalizado un temblor en los conceptos sobre la aceptación de lo diferente como posibilidad de crecimiento y mayor comprensión del mundo. Sabemos que los conceptos de diversidad cultural, pluriculturalidad o pluralidad cultural deberán continuar en constante reformulación...pero acaso...¿no es esto señal de crecimiento? ¿No son signos de madurez social? Es necesario pensar desde otro horizonte de comprensión la realidad humana: desde el concepto del amor. Arriesgarse a amar en la búsqueda de soluciones efectivas promovidas por la indignación que causan las realidades absurdas por las cuales miles de hermanos están pasando en su caminar. La humanidad debe aprender que la igualdad de oportunidades de participación en los espacios de decisión son fundamentales para el surgimiento de una inteligencia colectiva que nos ayude a solucionar problemas comunitarios, nacionales, continentales y hasta planetarios. Valorizar lo local es fundamental para gozar del derecho a la diferencia, al pluralismo, a la identidad y al ir y venir por las tierras

prometidas que iremos buscando en el recorrido de nuestras vidas. Muchos pueden pensar que el peregrinar es entonces, una vocación perpetua para la humanidad. Pero nosotros como cristianos sabemos que el Reino de Dios ya comenzó y llegara el día de entender nuestra vida vivida ante los ojos de Dios. Nuestra peregrinación tendrá sentido al haber seguido el Camino. Y sólo si entendemos la movilidad humana como Camino podremos gestar la civilización del amor que tanto las nuevas generaciones desean como tierra prometida.

Octavo y actual Movimiento: Estoy latiendo, pulsando vida. No sé si migrante por naturaleza o por la naturaleza de ser migrante. Por si acaso, ¡abrazando fuerte a mis hijos vivos y a todos los que en mi camino puedo abrazar!

Voice of the migrant

Natural Born migrant or the nature of being a migrant? Identities and promised lands...

This time the REMHU presents an autobiography of a Latin-American migrant, Alicia Viviana Méndez de Rosales. She is the granddaughter of European descendants and was born in Argentina. She married a Bolivian and currently lives in Brazil. Alicia describes her migratory movements as well as the identity changes these mobilities caused.